

disfrutaran de esos *refocilos*, que diría el señor Brenes, el de la *pierna*.

Lo cual debiera bastar para que los hombres, lejos de entretenerse en cantar y ensalzar esas bajezas, escucharan avergonzados el versículo del Profeta-Rey: *Nolite fieri sicut equus et mulus, quibus non est intellectus* (1), y recordaran el hermoso terceto de Rioja:

«Esta nuestra porción alta y divina
A mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina.»

(1) Psalm. XXXI, 9.

IX

«*Verbos y gerundios* no es un catecismo de gramática para la escuela, sino un precioso tomito de poesías del simpático escritor peruano Ricardo Palma.»

Con esta advertencia, que no puede ser más oportuna, empieza un prologuín de veinte renglones, que al libro de versos aludido en ella puso un amigo del autor, Carlos Augusto Salaverry.

Oportuna he llamado á la advertencia que encabeza el prólogo, y aún temo no haberla hecho justicia por no haberla llamado necesaria, puesto que sin ella nadie creería encontrar detrás del título de *Verbos y gerundios* una colección de poesías.

—¿Poesías?—me parece oír que pregunta algún lector de los más escamados.

—Bueno, hombre: hay que ser tolerantes con el modo de hablar usual y corriente.

Y luego... no se vaya á creer que el señor

Palma es tan mal poeta como el señor Montes de Oca. Eso no.

No es bueno; pero tampoco es tan malo, tan malo, que se le pueda equiparar al famoso traductor de Teócrito.

En todo hay clases...

El señor Palma tiene de mal poeta todo lo que se necesita para pertenecer á la Academia Española en clase de Correspondiente; pero no es como el otro, que tiene méritos él solo para doce ó catorce de esa clase.

¡Ah! Y también es el señor Palma bastante mal poeta para que le alabe Marcelino en esos prologotes que anda poniendo á la *Antología de poetas hispano-americanos*.

Donde, aun á poetas tan ripiosos como Pesado (que lo es de verdad), Caro, Bello, Olmedo, Ortiz, Lozano y otros así, les da cada golpe de bombo que aturde.

Sólo con esa manga tan ancha se explica que forme tomos y más tomos de versos *escogidos*...

Cuando entre todos los tomos hasta ahora publicados apenas se encuentra más que un poeta de verdad: Heredia.

Volviendo al señor Palma... ¿que por qué ha puesto á su libro el extravagante título de *Verbos y gerundios*?

¡Ah! yo no lo sé. Y el señor Salaverry, en su *participio* de prólogo, tampoco lo dijo, sino que se limitó á advertir que el libro no era un

«catecismo de gramática para la escuela», dejándonos de paso entender que no sabe lo que es «catecismo», y á disculpar el que algunos asuntos no sean del todo originales.

Lo que yo sé es que el señor Palma, que pasó su juventud sembrando versos por el mundo, pues imprimió un tomo en Paris titulado *Armonías*, en 1864, y otro en el Havre titulado *Pasionarias*, en 1870, había entrado después en el camino del arrepentimiento, y le hubiera seguido, cumpliendo el propósito formado de no publicar más tomos de versos en la vida, si su mujer (¡siempre las mujeres!) no se hubiera empeñado en que le quebrantara.

Así lo cuenta el mismo autor en esta dedicatoria de *Verbos y gerundios*:

«Á CRISTINA

En 1870 formé el propósito de no publicar más tomos de versos. Te has empeñado en hacérmelo quebrantar, y á fin de que compartas con tu esposo la expiación de tan gordo pecado, te dedico el libro.»

¡Bien hecho! ¡Justo castigo á su empeño antiliterario!

Y eso que el pecado de la publicación de este tomo de *Verbos y gerundios*, no es tan gordo, valgan verdades, como el señor Palma dice.

Algo más gordos los ha cometido el señor

Palma en otro libro titulado *Anales de la Inquisición en Lima*, donde se ha cansado de amontonar cargos injustos contra el Santo Oficio.

De lo cual, aun sin el castigo de Dios, ya está bien castigado el señor Palma con el juicio adverso de todas las personas instruídas y formales.

Por lo demás, la recaída *poética* del señor Palma ha sido tan grave y su arrepentimiento tan radical, que, aun después de haber publicado en 1877 los *Verbos y gerundios*, ha seguido versificando con mediana fortuna, y desde la publicación de las *Humoradas* de Campoamor ha dado en imitarlas, por lo menos en la dimensión, escribiendo otras composiciones cortas, á las que llama él *Filigranas*, modestamente.

Analicemos ahora alguna composición de *Verbos y gerundios*, que es el libro del señor Palma que tengo más á mano.

La *última copita* se llama, sin duda por andar al revés, la *primera* composición del tomo, y dice:

«Ayer entre dos luces
Casi me di de bruces
Con un pobre borracho
Que...»

Será verdad lo que cuenta el señor Palma, no diré que no.

Será verdad, pero poesía no es.
Adelante.

«Con un pobre borracho
Que, sin norte ni rumbo,
Daba por esas calles *tumbo y tumbo...*»

Se dice «daba *tumbos*», señor Palma; pero no se dice *daba tumbo y tumbo*, á no ser para llenar el verso y hacer consonante al rumbo.

Así como se dice, y está bien dicho, que usted hace versos (aunque no sean del todo buenos); pero no se dice que usted hace *verso y verso*.

Continuemos:

«Ayer entre dos luces
Casi me di de bruces
Con un pobre borracho
Que, sin norte ni rumbo,
Daba por esas calles *tumbo y tumbo*
Enriada ya la dignidad á un cacho.»

No me pregunten ustedes lo que quiere decir este último verso, porque no lo sé, ni lo he podido averiguar de ningún modo.

Enriar es echar el lino á cocer en el río...
Pero la dignidad no se enría...

No siendo la de los hombres políticos, que ésta sí, los pocos que la tienen, la suelen echar á remojo, para que se ablande y se haga más flexible.

¿Será errata de imprenta el *enriada* y que-
rrá decir *enriada*?... Ya me he acordado de es-
to también; pero tampoco en este supuesto
queda la cuestión del todo resuelta, porque
enviar *la dignidad á un cacho*, tampoco sé lo
que significa.

¿Quiere decir á gran distancia?...

Aunque quiera, no puede.

En fin... ¿para qué dar vueltas á la cosa?
Como el señor Palma sepa lo que ha querido
decir, á los demás no nos importa tanto que
no podamos quedarnos sin saberlo.

Volvamos al pobre borracho

«Que sin norte ni rumbo
Daba por esas calles *tumbo y tumbo*
Enriada ya la dignidad á un cacho
Y *hecho* de la moral un *higo chumbo*.»

Bastante malito, ¿eh?... Bastante malito...
Discúlpase el borracho de este modo:

«Perdone usted, me dijo, caballero.
¿La plazuela de Otero?
Es, señor, ese pícaro italiano.»

¿La plazuela de Otero es ese pícaro ita-
liano?...

Si á lo menos hubiera puesto el señor Pal-
ma en *Otero* puntos suspensivos...

«Es, señor, ese pícaro italiano
Dueño de la *chingana* de la esquina.»

¿Que qué es *chingana*?... No lo sé. Supon-
gamos que sea *taberna*, y... adelante.

«Vende un aguardientito tan *liviano*
Que es cosa más que *rica* y *que divina*.»

Asonantitos menos que *ricos*, mucho menos.
Pero nada *livianos*.

Y dice el borracho un poco después:

«Treinta copas bebi, *no es patarata*.»

No; pero será consonante, seguramente.
Y allá viene á salir la cuenta.
Siga usted:

«Treinta copas bebi, *no es patarata*,
Y tan fresco quedé como una *horchata*.»

Es claro: habiendo de quedar tan fresco co-
mo una *horchata*, no podía menos de no ser
patarata.

«Treinta copas bebi, *no es patarata*,
Y tan fresco quedé como una *horchata*.
Prueba de que no es mala mi cabeza;
Mas de *yapa* al salir, por mi desdicha,
Obsequíome el *bochicha*
Un traguito, y...»

Señor Palma: aunque no sé lo que es *yapa*
ni *bochicha*, sé que el verbo obsequiar no se

construye así. No se dice: Obsequíome un traguito; se dice: Obsequíome con un traguito.

«Obsequíome el *bochicha*
Un traguito, y... vea usted lo que me pasa.»

¡Caracoles, qué verso!... No se acaba de recitar en un año...

Vea usted que *vea* tiene dos sílabas, señor Palma.

Moraleja.

«¡Tal es la humanidad! Un desatino
Con otros anteriores se eslabona...
(¡Así es! en ésta y en aquella zona.)
¡Trueno gordo! Un gran mal nos sobrevino
Que á otros males *le* sirve de corona...»

Les, don Ricardo, *les*. ¿No ve usted que *otros males* es plural? ¿Cree usted que «*le sirve á otros males*» es buena concordancia?... Pues no, señor, no lo es.

Con la agravante de que el artículo no hacía falta, ¿entiende usted? no hacía falta ninguna, y podía usted no haberle puesto. Pero de ponerle, se pone concertado con el nombre en género y número.

No es usted solo, en honor de la verdad, el que hace esa mala concordancia; porque aquí tenemos á doña Emilia Pardo Bazán, que también suele hacerla.

Por ejemplo, cuando termina un cuentecito, llamado *El Talismán*, con estas palabras:

«¿No quiere usted concederle nada á las casualidades?»

Pero esto de no concederle nada á las casualidades, lo dice doña Emilia por haberles concedido muy poco á los estudios.

Y.. vamos, que aunque lo diga doña Emilia, eso es una mala concordancia.

Tanto menos disculpable, cuanto que también, como en el caso de usted, era innecesario el artículo.

De modo que es un disparate de lujo.

En otra composición titulada *Baúl cerrado*, dice el señor Palma dirigiéndose á una mujer:

«¡Vaya una tonta *de flor y rama!*»

Los que no sabemos cómo son las tontas *de flor y rama*, nos quedamos discurriendo lo que quiere decir, hasta que, un poco más abajo, nos encontramos con este otro verso:

»Conquistarias más alta *fama*.»

Bueno. Ahora ya sabemos lo que es una tonta *de flor y rama*: un consonante.

Pero esa libertad tan ancha de buscarlos, pertenecía hasta ahora á Carulla, casi exclusivamente.

Más adelante, después de hablarnos de la

barriga de una mujer, con un desenfado digno del señor Brenes, el de la *escultórea pierna*, le hace falta al señor Palma un consonante para Dios, y dice:

«Baúl con llave soy *para los*
secretos...»

¡*Para los!*...

De esto ya teníamos acá un ejemplo en cierto sainete lírico, donde se canta:

«Dispensa,
Manolo,
Que no-lo
Sabía.»

Pero la literatura de los sainetes líricos al uso, ya se sabe que es una literatura especial...

Vamos, que no es literatura.

Sino simple sarta de desatinos, como aquellos de *Las Campanadas*:

«En Agosto
De las uvas se hace *el mosto...*»

y

«Basta, muchachos,
De comer uvas,
Que estáis borrachos
Como unas cubas...»

Donde se adelanta un par de meses la época

de pisar la uva, que no es sino el mes de Octubre, ó el fin del de Setiembre cuando más pronto, y se da por seguro que comiendo muchas uvas se emborracha la gente.

Para todo lo cual se necesita estar bien atrasado de noticias.

O escribir para el público habitual del teatro de Apolo, que tiene afinidades secretas con la barbaridad y con el desatino.

Además, señor Palma, esto que pone usted en otra composición, como verso de diez sílabas,

«Y su alma al miedo prestando asilo,»

no es verso, ni es nada más que un trabalenguas.

Y *su alma al miedo... su al-mal-mied... al-al.*

Así como tampoco se dice *Garcilazo*, ni aunque haya de consonar con *bagazo*.

Ni se llama *taquito* al tacón pequeño, sino taconcito.

Ni se dice *jagua con él!*, sino *jagua en él!* para mandar que se eche agua *en* el fuego.

Otra composición comienza así:

«Perdona si estás *molesta...*»

y aparte de lo prosáico del adjetivo, tampoco está bien aplicado, porque *molesta* no quiere decir *molestada*, sino *molestadora*.

El mismo Diccionario de la Academia dice, y con razón, por muy raro caso: «MOLESTO, TA, que causa molestia.»

De modo que decir:

«Perdona si estás molesta»,

por «si estás molestada», es decir las cosas al revés.

Otra composición, traducida de Víctor Hugo, empieza:

«Es grande Lucifer en su caída,
Algo de apoteosis hay en ella...»

Si habrá algo de apoteosis.

Pero no hay nada de poesía en esos versos.
Ni en éstos:

«—¿Es eucalipto, es fresno, es *atrapea* (?)
(Bien: sea lo que sea)
Ese árbol *primoroso*
Que en su jardín se eleva *tan frondoso?*
(¡Naturalmente! siendo *primoroso*,
Para hacer *consonante... tan frondoso*.
Si llega á ser *chinesco*,
Para hacer *consonante... pues tan fresco*.
Sube por un peñasco... etc.)
¡Qué sombra! ¡Qué frescor! ¿Quién no desea
Un árbol tal?—Deciale á un *ricacho*
Ayer cierto mancebo *vivaracho*,
Y el dueño del jardín lanzó un suspiro

Contestando:—¡Ay mi amigo! *según miro*,
Ignora usted la historia
De ese árbol en que cree *cifro mi gloria...*»

—¡Señor Palma!

Después de hacer *tan frondoso* el árbol por haberle antes hecho *primoroso*; después de hacer al mancebo *vivaracho* por haber antes hecho al rico *ricacho*; después del *según miro* y de todos los demás ripios y del prosaísmo del árbol tal, y... tal... ¡se descuelga usted con un verso como éste!

«De ese árbol en que cree *cifro mi gloria.*»

¿Cree usted que eso es un verso endecasílabo?...

Y luego, para quitar á los lectores la mala impresión de ese verso, pone usted estos otros:

«Por si me enrolo un día
De San Marcos en la Archicofradía,
Merecer de usted quiero un gran servicio
Que me ha de redundar en beneficio...»

¡Claro! Si no redundara en beneficio... y en consonante, ¡valiente servicio sería!
Como el que usted hace á la forma poética con versos como ese:

«De San Marcos en la Archicofradía.»

O como el que hace á la pureza del lenguaje con verbos como *enrolo*.

Eso es francés, señor Palma.

Y esto otro, que escribe usted *en un álbum*, aunque sea castellano, es duro y pedestre:

«Mejor que las románticas canciones

(¿Románti-cascan-ciones?)

De un vate cuyo numen no es gran cosa.»

(Es verdad... y hasta prosa.)

Principio de un soneto á una coqueta:

«Hija mía, con guiños y monadas

De otros á hacer aspira la conquista.»

¿No hay más aes?

A hacer aspira la...

Y luego... no se dice *Masías* ni *Valdez*: se dice *Valdés* y *Macías*.

Final de otro soneto sobre gustos:

«Pero nada hay que tanto á mí me incite

Como el mirar golpeando una panquita

A una muchacha de gentil palmito.

Y atrévome á decir: si usted permite

Que la pida limosna, señorita,

Cuando acabe regáleme el puchito.»

Quedamos enterados.

Como no sabemos lo que es *panquita*, ni lo que es *puchito*, quedamos enterados, á lo menos de que el primer verso es muy ripioso.

Como éste:

«Dejémonos de curvas y de rectas...»

¡Cualquiera acierta, así de primera intención, para qué quiere usted, señor Palma, que nos dejemos de curvas y de rectas!

Hay que leer todo el cuarteto para comprender por qué se acordó usted de las *rectas* y de las *curvas*...

«Dejémonos de curvas y de rectas,

Que el hombre es fuego y la mujer estopa.

¿Qué hicieras tú, lector, si á quema-ropa

Te echasen *indirectas* tan *directas*?...»

¡Ecolo-qua!

Usted quería concluir la composición con un cuarteto, y ese cuarteto con este verso:

«Te echasen *indirectas* tan *directas*.»

¿Cómo preparar el terreno para este fin?
¿Cómo comenzar el cuarteto?

Pues sencillamente:

«Dejémonos de curvas y de rectas...»

Y de versos.

Semejanzas se llama la comparación que

sigue y empieza con una serie de comparaciones, de las cuales la cuarta es ésta:

«Como la niebla que alarde
De coronar hace el monte...»

¿Con que *hace el monte?*...

¡Cosa más rara!

Y dice el término de la comparación:

«Así de mejor edad
Las ilusiones *huyeron*
Y á nuestras almas *trajeron*
Fatídica realidad...»

¡Hombre! ¿*Huyeron*, y al huir *trajeron?*...
Eso no puede ser. Si acaso, llevarían; pero traer al sitio de donde *huyeron*, no es posible...

Si dijera usted que dejaron... Pero entonces no había consonante.

Ahora quiere usted imitar á Campoamor; veamos lo que sale:

«Era Mariquitña
Lo que se llama una hechicera niña:
Fresca, bonita, dócil, hacendosa,
Una muchacha, *en fin, jacarandosa...*»

¡Clavado! El mismo don Ramón no lo distingue... Porque no lo lee, de seguro.

Pero vamos: ¿cree usted que una mucha-

cha fresca, bonita, hacendosa y dócil ha de ser *jacarandosa* por lo mismo?

No, señor: todo lo contrario.

Otro botoncito:

«La patria espera mucho de malo;
No se *salva ella con palo y palo.*»

Ni con ripio y ripio.

Ahora un poco de armonía... imitativa:

«El gavilán asoma
Y *atrapa á la paloma...*»

A-tra-pa-la-pa...

A-tra-pa-la-pa-lo...

¡Qué oído, señor Palma, qué oído!

¿Y cree usted que el autor de estos *verbos* y de estos *gerundios* tan inarmónicos y tan *ripiosos* puede ponerse á hacer *filigranas?*...

Conténtese usted con hacer *mampostería*.

Y gracias que esté bien hecha.